

LO PRÁCTICO

Cuando una acción moral o política no encuentra su justificación en algún principio espiritual que la pueda honrar o ennoblecer, siempre busca su legitimidad en el subterfugio de «lo práctico». Con este ardid, cualquier elección que se haga en el mundo de la política puede justificarse, no por los valores prácticos de la acción preferida, sino por la naturaleza teórica del otro término de la alternativa. Si la Reforma era lo práctico y la Ruptura lo teórico no había elección posible. Y se vuelve, con más sutileza idiomática, al argumento de que la Reforma era «lo necesario».

Lo que se contraponen a los modos de vida teórica o contemplativa no es el mundo moral de «lo práctico», en el que también ellos participan en tanto que formas humanas o morales de existencia, sino los distintos modos de realizar la vida práctica. Tan propio de la práctica política era la Reforma como la Ruptura. Quien ha entendido a los grandes pensadores de la filosofía de la acción, sabe de sobra que en «lo práctico» hay tanta teoría de la razón como praxis de la voluntad. Y cuando se oye eso de que algo «está bien en teoría, pero en...», no se espera que la frase termine diciendo «en lo práctico», sino «en la práctica». Sin perjuicio de aclarar en otra ocasión esta diferencia, lo que me importa afirmar ahora son las dos dimensiones básicas de «lo práctico»: la que afecta a su razón y la que condiciona su práctica.

Primeramente, lo práctico es todo aquello que se puede conseguir mediante la libertad, lo que puede ser libremente elegido por estar dentro de la esfera de acción del libre albedrío, el objeto de la razón práctica. Quienes defienden el abandono de la Ruptura con el argumento de que no era «lo práctico», deben de saber que están negando así la libertad; el libre albedrío y la razón en que se fundó toda la acción política de los demócratas contra la dictadura, desde la muerte de Carrero en el 73 hasta el Pacto de enero del 77. Están negando así tanto la legitimidad adquirida por la oposición mediante su praxis a favor de la Ruptura, como la razón práctica de Suárez para dar a los partidos ilegales la condición de parte contratante en el pacto de la Reforma. Se me puede objetar que lo práctico hasta el Referéndum de 1976 era la ruptura democrática, y que a partir de la invitación de Suárez a pactar la libertad (con los «rupturistas»), lo único práctico era ya la Reforma. Aparte de que lo práctico no deja de serlo con el cambio de las circunstancias que condicionan su realización, tal objeción olvida dos cosas esenciales: el objeto del pacto no fue la Ruptura y la dimensión práctica de «lo práctico», la libertad, no estaba en las capacidades de la Reforma.

La realización de lo práctico está su-



jeta, en el pensamiento y la acción, a la ley del mínimo esfuerzo. Si el objetivo de la Reforma, en lo tocante a la libertad política, hubiera sido el mismo que el de la Ruptura, ese postulado de economía de esfuer-

zo habría hecho «más práctico», para izara la democracia de abajo arriba, el pacto de la oposición con la dictadura. La continuidad de la lucha para conquistar la libertad política, por mor de unos principios de acción que perderían su belleza al dejar de ser necesarios o dialécticos, habría dado a la Ruptura la clase de esterilidad de lo que Sartre llamó «práctico inerte». Por eso he condenado siempre el activismo político, la acción que nace sin principios teóricos y la que continúa por inercia cuando deja de tenerlos. Pero éste no era el caso. Lo práctico para la Reforma, su finalidad última, era transformar la dictadura, con el mínimo esfuerzo, en una oligarquía de partidos. El Gobierno necesitaba, para eso, «la práctica» del pacto con los partidos de oposición, la renuncia de ellos a «lo práctico» de la Ruptura.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

VISADO PARA LA PRENSA

Las autoridades iraníes han estado a punto de meter a Moncloa en un buen lío al negar, hasta última hora, el visado a los periodistas que acompañarán al presidente del Gobierno hasta Teherán en la gira asiática que iniciará hoy en Hanoi. Parece que la intención iraní era que Aznar viajase sólo, sin periodistas. Y de hecho los informadores no podrán contar con una sala de prensa durante su estancia en Teherán «porque hay muchas bodas». Sólo una intervención de Moncloa, a última hora, consiguió desbloquear los visados.

Lo que no consiguieron fue permiso para que las mujeres que trabajan en la oficina del portavoz pudieran entrar en Irán, por lo que ten-

drán que volver desde Seúl, segunda escala de Aznar, directamente a Madrid. Los periodistas han tenido más suerte y podrán entrar en el país, eso sí, respetando escrupulosamente la Ley islámica que obliga a llevar el «chador». Más aún, la propia esposa del presidente del Gobierno no le acompañará durante su escala en el país de los ayatolás.

Lo que ninguna fuente gubernamental ha explicado es si el Gobierno español pensaba «tragarse» la imposición iraní para vetar la transparencia informativa. Tal como iban las cosas, Juan Bravo tienen sus dudas.

Juan BRAVO

VIOLENCIA CONTRA LA INFANCIA

La pasada semana entre los días 9 y 13 de octubre ha tenido lugar, en Jamaica, una reunión de representantes de 37 gobiernos americanos sobre infancia y política social. Uno de los grandes problemas de nuestra civilización se hace presente una vez más: el contraste entre su desarrollo científico y técnico y su atavismo social, la inhumanidad en que se encuentran sumidas y con que son maltratadas grandes masas pobladoras de nuestro planeta. Las más débiles. En este caso los niños y niñas, en toda la tierra, pero especialmente en el Tercer Mundo.

Hace ya tiempo la UNICEF publicó la escalofriante cifra de los 45.000 niños que mueren diariamente de hambre en el mundo. Es el aspecto más terrible, pero no único, del desmentido de la realidad a las pretendidas glorias de nuestra civilización. Porque la masa superviviente aporta la fuerza laboral más explotada en nuestra «globalización», con jornadas interminables de trabajo esclavo, sin más compensación que una mísera alimentación. En ellas, en los países del Tercer Mundo, con cifras que alcanzan según la OIT el número de 250 millones, elaboran niños y niñas los variados productos que se venderán en las «grandes superficies» de los países



desarrollados y generan las altas plusvalías de las multinacionales. Otras veces, escarban en los basureros para encontrar desechos con que alimentarse y vestirse malamente. Y además, los avances de nuestra tecnología biológica los ha converti-

do en material terrible de un nuevo mercado, el de órganos. Mientras se prolonga otro más viejo, el de la prostitución de niñas y niños, para satisfacer los brutales instintos de quienes disponen de dinero y utilizan a la infancia como carne de placer. Sin que podamos olvidar el negocio de la venta para adopciones.

Tal es el panorama de la infancia en el Tercer Mundo, reproducido en las bolsas de miseria del Primero. En cuyo interior, se descubre extendida, «globalizada», otra terrible perspectiva del maltrato a la infancia: la del abuso sexual de los hijos e hijas en el hogar, la de menores fuera de él. Estamos asistiendo a una escandalosa difusión de la pederastia. Y es intolerable la actitud que confunde tal manifestación de violencia y abuso del débil con la libertad y la superación de la represión.

Uno de los barómetros más significativos para medir el desarrollo humano de una civilización viene dado por el tratamiento que la infancia recibe en ella. Decía Descartes que todos nuestros males vienen del hecho de que hemos sido niños. La afirmación tan sorprendente, incluso divertida, sólo se concibe dentro del mecanicismo cartesiano, cuando se piensa nuestro cuerpo como una máquina, que puede salir a punto del taller. En el extremo contrario y con mayor lucidez poética, afirmaba Woodsworth que «el niño es el padre del hombre». Nos formamos en esta etapa de plasticidad que define nuestra condición humana. Hasta el punto de que el creador de la cibernética Wiener ha podido escribir que «el ser humano es como Peter Pan que nunca deja de ser niño».

La conquista de la infancia, como etapa propia y decisiva en la vida humana ha sido resultado de una lenta maduración. Como ha subrayado Ilich, durante siglos los niños y niñas eran considerados como pequeños trabajadores, vestían como los adultos, eran disciplinados con violencia. Representaban una importante fuerza de trabajo en las familias agrícolas y en la primera etapa de la industrialización. El desarrollo de la civilización ha hecho comprender que la larga infancia humana debe ser considerada como un período de preparación para la vida, de aprendizaje, de construcción de la personalidad. Y que la reproducción humana, frente a la masiva proliferación de nacimientos y alta tasa de fallecimientos infantiles debe seguir el camino del cuidado y la planificación. Pero semejante política ante la infancia hoy día queda reducida al ámbito del Primer Mundo. Y muchos de los miembros sus clases dirigentes no tienen inconveniente en mantener la explotación económica de los niños y niñas del Tercer Mundo, ni en utilizarlos como meros objetos de placer. Sinistro panorama que deshonra nuestra pretenciosa civilización.

Carlos PARÍS

